

LA IMPORTANCIA DE LA TECNOLOGÍA PARA LA LENGUA ESPAÑOLA

(Telos, 50, VII-IX 1997, pp. 79-85.)

Ni en la más negra de mis pesadillas habría podido yo imaginar una situación tan angustiada y comprometida como en la que ahora me encuentro, cuando veo ante mí, en esta espléndida sala de la antigua iglesia de San Agustín en Zacatecas, a tantísimas personas, -escritores, académicos, científicos, pensadores, profesores, poetas- por las que siento una veneración discipular. Por si fuera poco, para amargar más este trance tan inicuo, distingo nítidamente entre el público a algunos consumados maestros de la oratoria como, por ejemplo, a Belisario Bethancourt que, en más de una ocasión, me ha hecho derramar lágrimas de emoción por el sólo hecho de escuchar sus palabras.

Para afrontar un desafío tan rudo, permítanme que me atreva a formular ante Vds. un deseo: que mi intervención no les provoque lágrimas, puesto que, sin duda alguna, en esta ocasión serían de lástima.

Esperando, pues, su benevolencia, me adentraré en una defensa de la importancia que la tecnología tiene para la lengua española y en las razones que justifican esta apreciación. Con esta confianza, y disculpado por el ataque agudo de optimismo y de audacia que inevitablemente le ha de alcanzar a cualquier español que deposite atentamente su mirada en cuanto nos rodea en esta hermosa tierra de México, confesaré que, ante algunas de las cosas que se han oído estos días, voy a atreverme, incluso, a algo más, a desconsiderar como retórica de poco vuelo algunas de las soflamas antitecnológicas que casi siempre forman parte de la liturgia allí dónde se reúnen algunos intelectuales a ponerse de acuerdo en la importancia de su menester, relevancia que, por otro lado, seré yo el último en discutir. Como además, y con toda la modestia del caso, me considero un popperiano, no estaría bien dejar pasar la oportunidad sin cumplir el único objetivo que Sir Karl consideraba irrenunciable en cualquier conferencia: ejercer de provocador.

1. La suerte del español

Como entre nosotros reina un justificable y seguramente vigorizante optimismo en torno al futuro de la lengua que nos es común, mostraré mi preocupación frente a una amenaza que no es la de la tecnología, sino la de no saber qué hacer con ella, la de quedar por debajo de ella, la de perder una vez más el tren del progreso científico y tecnológico.

Es bastante evidente que, mirando al pasado, se ha de reconocer que la lengua española ha tenido suerte. Bastará con recordar que, de entre todas las herederas del latín, nuestra hermosa lengua común es la que ha alcanzado mayor extensión y pujanza en el mundo moderno, un mundo que contribuyó a formar tanto desde el punto de vista político como geográfico y jurídico. Es una lengua de la que nuestro Rey Don Carlos I llegó a decir, y él

conocía otras varias, que era la manera en la que mejor se podía hablar con Dios. No es poco mérito, sin duda. Aquí que todos somos españoles (del Perú y de Guatemala o de Argentina o de México o de cualquiera de las más de veinte naciones que comparten esta lengua, de países en que, por recordar a Unamuno, "resuena poderoso su verbo") podemos caer en la tentación de dejarnos llevar por el orgullo. Porque, además, la lengua española ha continuado creciendo, es la lengua de cuatrocientos millones de personas y eso da mucho que hablar. Es, pues, comprensible, una cierta proclividad a ceder a una tentación en general tonta, como lo son todas las que proporcionan antesala al engreimiento.

Hay, sin embargo, una sombra que desde el pasado se cierne sobre nuestro futuro. Tenemos que reconocer que la lengua española no ha estado a la altura de sus posibilidades en la creación científica porque, sin ignorar las gloriosas excepciones que están en la mente de todos, la ciencia moderna se hizo casi en su totalidad al margen de los nuestros, ha sido una hazaña que no se pensó ni se escribió en nuestra lengua.

No creo que podamos tener demasiadas dudas de hasta que punto el mundo del mañana, como ya sucede abundantemente con el de hoy, se fundará en el progreso científico y tecnológico y de qué manera quedaría definitivamente devaluada nuestra lengua si permaneciese por mucho más tiempo al margen de esa gran tarea universal para la que no debieran existir fronteras. El mundo del porvenir será un mundo en el que la ciencia tendrá cada vez mayor peso y, en consecuencia, la lengua que no sea capaz de estar a la altura de esa tarea esencial se verá irremisiblemente desprovista de importancia.

Ante esta realidad se hace necesario abandonar lo que, entre muchos de nosotros, constituye ya una mala tradición: la vía de escape que profetizó el peor Unamuno, el "que inventen ellos", el empeño en considerar como menesteres de chauffeurs las tareas de innovación científica y tecnológica. Es aquí dónde, con más frecuencia de lo deseable, cierta retórica humanista trata de disfrazar con las galas de una pretendida superioridad las limitaciones que no son sino ignorancia pretenciosa y hacen inevitable la aceptación apresurada y estéril de invasiones terminológicas y, que se apoyan, en último término, en la absurda convicción de que por alguna rara incapacidad los hispanohablantes nada tenemos que decir en esos foros.

2. La lengua y el saber

La lengua, en su forma más natural, es nuestro modo principal de pensar, es el instrumento del saber más espontáneo y común. Cada lengua se forjó en un duro bregar con el mundo, con los distintos panoramas de la experiencia humana. Nadie podría poner el menor pero a la lengua española desde ese punto de vista, porque, sin duda ha sido capaz, de pensar con toda su maravilla no sólo uno sino varios mundos. Pero el mundo en el que hay que pensar hoy es un mundo muy distinto al de Santa Teresa y al de Cervantes, al de Vasconcelos o al de Asturias, es un mundo que exige más a la lengua que quiera dar cuenta de él, una realidad que no cabe en la lengua de nuestros clásicos. Es un orbe infinitamente más complejo y contradictorio que aquel que permitió la gran expansión del

español hasta estas inmensas tierras de la otra orilla del mar. Podemos ver esta realidad como una amenaza para la pureza de la lengua, pero podemos y debemos verla también como una gran oportunidad, como un desafío.

El gran riesgo del español de hoy y de mañana es quedar convertido en una lengua válida tan sólo para la comunicación interpersonal, para la palabra que nos decimos unos a otros, una lengua de comunicación, de expresión, una lengua tan rica como se quiera pero incapaz de nombrar las realidades nuevas de las que el mundo se llena cada día.

Si ese riesgo se convierte, como de algún modo ha pasado ya, en una realidad, en una carencia efectiva, habremos perdido no sólo una oportunidad, desde el punto de vista de las industrias y los negocios (lo cual es, de suyo, grave) sino que habremos perdido algo más hondo, porque habremos dejado de cultivar una de las funciones esenciales de la lengua.

Toda lengua es algo más que un sistema de expresión, que una forma de comunicarse. Esas son sus funciones más primitivas, incluso, si se quiere, sus servicios más humanos y esenciales. Pero junto a ellas, la lengua culta ha ido adquiriendo y potenciando una función superior cuando se ha puesto al servicio de la idea, del logos que descubrieron los griegos. Como han subrayado Bühler y Popper, la lengua es también argumento, discurso, es una malla en la que se asienta el saber, una red conceptual objetiva y poderosa en la que se van entretejiendo, con los añadidos de los lenguajes formales y técnicos, los conceptos que nos han enseñado todo lo que sabemos sobre la realidad y que son algo absolutamente nuevo y diferente respecto a lo que sabe cualquiera que sólo sabe hablar.

No basta, pues, con que los hablantes afinen su percepción del mundo, con que los poetas nos enseñen a sentir, con que los teólogos nos hagan considerar el más allá. Podemos seguir hablando de campos, cielos y almas, pero hemos de hablar también de esas otras realidades que hay que nombrar porque son inventos humanos, porque son las realidades que se descubren con los ojos de la ciencia, que se crean por medio de las tecnologías.

Vivimos en un mundo sobremanera complejo, un mundo que, por decirlo con palabras de Ciro Alegría, nos es ancho y ajeno. Nuestra tarea como hablantes es hacernos cargo de él, y hacerlo en nuestra lengua española, sin tener que tomar de otros veneros las terminologías y los conceptos que precisamos. Nuestro mundo en su conjunto está cambiando con un ritmo que casi siempre nos supera, se abre a realidades que nos desconciertan y nos descolocan.

Hay tres palabras que describen ese cambio de un modo suficientemente preciso: tecnología, complejidad, globalización. Querría dedicar unos minutos a lo que nombra la primera de ellas para situar del modo que se me antoja más certero esta invitación a ensanchar la virtualidad de nuestra lengua, a extraer de ella todo lo que puede dar de sí, a tomarnos en serio la obligación de pensar con ella.

3. Lo que la Tecnología da que pensar

Vivimos en un momento en que la Tecnología es una realidad pujante, pero nuestros conceptos en general, y singularmente en lengua española, no están a la altura de las consecuencias que derivan de su existencia, de su sofisticado poderío.

La mayoría de los hombres seguimos pensando en la Tecnología en términos meramente instrumentales, pero la verdad es que ya hace tiempo que las tecnologías dejaron de ser simplemente eso. Esa definición era sin duda válida en tiempos de Aristóteles e incluso en los de Ortega, que como pensador avisado ya se dio cuenta de que el asunto era de sobra complejo.

Desde otro punto de vista, eminentes pensadores como Heidegger y Jünger nos han advertido de los peligros de la máquina y ese mensaje ha calado acaso más de lo necesario en la mente de nuestros hombres de letras. Justo en la conjunción de ambas ideas sobre la Tecnología nos ilumina un mito ya muy antiguo: todas las lecciones que hemos recibido sobre los peligros de la audacia excesiva, todas las recomendaciones al recogimiento, todas las precauciones frente a la acción. No estoy recomendando que se desechen, porque nunca estaremos suficientemente provistos de sabiduría: lo que insinúa es que tal vez se apoyan en una comprensión insuficiente de lo que somos y hacemos.

La Tecnología, como heredera y al tiempo incitadora de la ciencia moderna, ha dominado nuestro mundo. Ha cubierto la faz de la Tierra de un manto artificial, de modo que ha mediado absolutamente nuestro contacto con la realidad. Hace años, Roberto Saumells sugirió un ejemplo claro de este fenómeno al comparar nuestro mundo con el de un medieval: todo en el de él es inmediatamente natural (las casas son de piedra o barro, las vigas de madera, las telas con que se viste son meros tejidos de fibras naturales, etc.), mientras que en nuestro caso la naturaleza se ha ocultado detrás del artificio y aparece, sobre todo, como recuerdo y anhelo (nuestras casa son de materiales de síntesis, nuestra ropa...etc.).

La Tecnología ha envuelto el mundo con sus redes, ha empaquetado la naturaleza y, al dispensarnos de limitaciones de espacio y de tiempo muy antiguas, nos ha hecho pensar de otro modo, nos obliga a cuestionar la naturaleza de la realidad. A lomos del saber científico, la Tecnología nos ha dado un mundo nuevo. Casi podríamos decir que la Tecnología nos obliga a hacer ontología, porque ella misma es, en más de un sentido, meta-física.

4. La Tecnología digital

Si la Tecnología clásica (mecánica, eléctrica, nuclear, etc.) ha envuelto el mundo, bien podemos decir que, merced a los portentosos avances de la electrónica, nos encontramos ahora con una doble envoltura digital. En efecto, las tecnologías analógicas nos dejaban ver a su través una parte no pequeña del mundo natural, justo aquella que imitaban o que manipulaban: son, en buena medida, tecnologías intuitivas que no rompen nuestra relación inmediata con las cosas y que, por esa misma razón, no plantean especiales

problemas de lenguaje. La máquina hace lo mismo que hace el hombre sólo que de un modo más eficaz, más brutal, pero con la misma transparencia. Se puede hablar, por tanto, de que el primer efecto de la tecnologización masiva no planteó grandes problemas al lenguaje natural: aumento de terminología y poco más.

La situación comenzó a cambiar cuando la tecnología se ocupó del tratamiento de la información: de convertir la voz o la imagen en señales, analógicas primero, digitales ahora. Se inició entonces un proceso en el que los misterios de la ciencia de lo ínfimo (los átomos, los electrones, esas misteriosas criaturas de hábitos tan incomprensibles) se convirtieron en las posibilidades de la tecnología de los botones: se aprieta... y basta. Se dirá que eso es más bien exigencia del consumo masivo que de cualquier otra cosa. Bien: pero no estará de más recordar que tecnología digital y universalización del mercado financiero son, por lo menos, primos hermanos.

Lo que nos importa desde el punto de vista de la lengua es que con el advenimiento de las tecnologías digitales se penetra en un terreno en que las acciones comunes y las palabras del lenguaje natural apenas pueden emplearse ya sino como tenues metáforas. Ello ha hecho forzoso el nacimiento de un lenguaje completamente nuevo que se convierte en una amenaza cuando no se entiende, pero también cuando se crea en el matraz de una lengua que poco o nada tiene en común con la nuestra. Es un nuevo lenguaje que por nacer en una situación completamente contraintuitiva va a separarse de modo rotundo de lo que es asumible por el habla común, creándose, por tanto, una situación inédita desde el punto de vista del lenguaje natural. La lengua que invente esas realidades será la que las denomine y sus equivalentes en otras lenguas sonarán fácilmente, en muchas ocasiones, de modo ridículo.

Además de todo ello, estas tecnologías homogeneizan y simplifican desde el punto de vista de sus destinatarios o usuarios, pero son increíblemente innovadoras desde el punto de vista de sus entrañas; requieren un lenguaje sofisticado para quienes las inventan y toleran una pobre jerga cuando se usan por el consumidor final.

Así pues, el universo digital supone una ruptura bastante radical de nuestros nexos naturales y ancestrales con las cosas y genera un mundo nuevo en el que las relaciones de los hombres consigo mismos, con sus semejantes y con las cosas sufren alteraciones graves.

Podemos caer en la tentación de trivializar estos efectos porque, aunque seamos capaces de advertirlos, seguramente estamos lejos de comprenderlos en toda su rotundidad: piénsese que es ahora cuando estamos empezando a comprender las consecuencias revolucionarias que supuso la invención de la imprenta. Amparados en esta comparación podemos entender con claridad que, así como las lenguas que no pudieron adaptarse a la nueva tecnología de los tipos móviles (y, mucho antes, las que no fueron capaces de adaptarse a la escritura gráfica), corrieron el riesgo de desaparecer, (y, como mínimo, experimentaron un retroceso de su vigencia), así pasará con las lenguas en las que no se piense la tecnología de mañana, con las lenguas que no sean capaces de ponerse a la altura de la revolución digital en la que estamos entrando.

5. Una oportunidad para la lengua española

Sin duda que ninguno de los presentes desea la decadencia de la lengua española, porque todos creemos en sus posibilidades. Pero la prueba de fuego estará en su capacidad de pensar las nuevas realidades que la tecnología traerá consigo. Digo pensar porque creo que el problema es más amplio que el de una terminología suficiente.

Es necesario reparar en que la tecnología digital está socavando las bases de algunas de las categorías epistemológicas mejor asentadas en la tradición occidental. Bastará un ejemplo para aseverarlo: la distinción original-copia (en la que se basa nada menos que la idea de verdad) pierde completamente su sentido en el mundo digital, un entorno lógico y tecnológico en que realidad e imagen son por completo indiscernibles, tanto como los son dos números idénticos.

Por otro lado, y como consecuencia de su propia pujanza, el tipo de sistemas que permite el mundo digital está haciendo casi inevitables confusiones entre ideas tan dispares como la de información y la de saber. Su potencia es tal que la misma palabra escrita puede estar llegando a su fin (si quienes inventaron la escritura hubieran poseído, aunque el supuesto sea absurdo, tecnologías de reproducción y almacenamiento de voz es fácil suponer que no habrían sentido la necesidad de perfeccionar la compleja tecnología visual y táctil de la escritura).

Estamos, pues, ante un conjunto de cambios que, a no dudarlo, tendrá consecuencias insólitas que, por fortuna, no podemos predecir, pues, como ironizaba Niels Bohr, la predicción es muy difícil, sobre todo cuando se trata del futuro. Sin embargo sí podemos saber que, lejos del desdén, la Tecnología del mañana nos desafiará, no nos dejará indiferentes porque nos dará mucho que pensar. En consecuencia, todo ello abona la idea de que la lengua con la que pensamos y nos comunicamos ha de enriquecerse para ser capaz de pensar las nuevas realidades de la ciencia y la tecnología, los sorprendentes milagros que nos reserva el mundo del futuro.

Sin duda será posible y necesario hacerlo en español, porque el español es una lengua racional, es un lengua clara. No se trata pues de traducir bien los manuales de uso, de adaptar las terminologías. Todo eso es necesario, pero hace falta algo más. Que los españoles de las más de veinte naciones que hablamos la misma lengua podamos estar en el centro mismo de la avanzadilla de la ciencia y de la tecnología para poder reinventar un español a la altura del tiempo que viviremos.

Para poder estar en la frontera del saber (y, con ello, en condiciones de distinguir la ciencia de la superchería) es menester, antes que nada, saber que esta tarea es importante para el futuro de nuestra lengua. Hace falta, también, no agrandar absurda e irresponsablemente el abismo que a veces parece separar al ingeniero del poeta.

Se podría decir que lo demás es, en cierto modo, fácil: como Secretario general de Fundesco que es una fundación de Telefónica de España, una empresa sólidamente

asentada en la tecnología de vanguardia, quiero asegurarles que quienes se lancen a esta tarea nos tendrán siempre a su lado.

José Luis González Quirós
Secretario General de Fundesco.